Transversal 4 (autopista norte) 58 – 73/ Piso2/ teléfono 7457136/ Tunja

AL SERVICIO DEL SEÑOR JESUCRISTO

Compilador:
José Jaime Sánchez Fonseca
Licenciado en Educación
Pastor/maestro
Calvary Chapel Tunja.

Parte III
UNA PREPARACIÓN ADECUADA

A requisitos tan primordiales como el llamado y el carácter se le debe adicionar un mínimo de capacitación. Tener a menos este requisito constituye un signo de incompetencia para las arduas labores del servicio cristiano. Es absurdo suponer que, mientras se incrementan cada vez más las exigencias de formación profesional en las empresas humanas, puedan ocuparse lugares de responsabilidad en la iglesia prescindiendo de ella.

La historia de la *"Obra del evangelio"* registra varios casos de hombres que ante circunstancias anormales y apremiantes necesidades de la *"obra del ministerio"* fueron animados a predicar, a abrir puertas, vías de testimonio, a pastorear iglesias con muy poca o ninguna preparación. El hecho de que a varios de ellos Dios los haya usado y bendecido de modo admirable y de que algunos de ellos, una vez dentro del ministerio, aprovecharon cuantos medios estuvieron a su alcance para aumentar su capacitación y suplir de modo asombroso del defecto inicial, no sienta ningún precedente normativo para que siempre así se haga.

En la Escrituras tenemos suficientes ejemplos que apoyan la necesidad de que el Servidor del Señor sea adecuadamente habilitado para el cumplimiento de su misión. Desde las antiguas *"escuelas de los profetas"* y Samuel, nos ofrece ya una muestra. En el Nuevo Testamento vemos que Jesús dedicó buena parte de Su ministerio a instruir a los "doce". A Pablo, educado a los pies de Gamaliel y buen conoce-

dor de la cultura griega, no le fue suficiente; pasó de 2 a 3 años formándose a la luz de la fe en nuestro Señor Jesucristo antes de entregarse de lleno a su ingente obra evangélica. Para la estrategia de expandir el evangelio trazó la enseñanza en cadena: *"... tú has oído lo que lo que les he enseñado a muchas personas. Quiero que enseñes eso mismo a cristianos en los que puedas confiar, y que sean capaces de enseñar a otros..."* (2 Timoteo 2: 2).

Así que, cada congregación debe disponer cómo preparar, con una buena educación bíblico – teológica, a todo creyente que proponga en su corazón profundizar en el "Consejo de Dios"; sin descartar la formación auto – didacta. Algunos hombres de Dios, por la auto – didacta, han alcanzado niveles tanto o más altos que los logrados por los más aventajados licenciados en facultades de Teología. Desde luego, no todos son capaces de esto, pues el autodidacta precisa de unos dones intelectuales y fuerza de voluntad especial. Pero aún, quien es preparado por otros, deberá siempre complementar su conocimiento con estudio y esfuerzo en su propia iniciativa.

El referir "una formación adecuada", no significa que debe poseerse todo el caudal de conocimientos y experiencia que una u otros son capaces. Esto no llega a conseguirse jamás. Por tal, el servidor de Cristo ha de ser estudiante toda su vida. El acervo espiritual al igual que intelectual, han de crecer todos los días. Cuando alguien se dedica al ministerio cristiano debe tener un mínimo aceptable de preparación que le permita realizar su labor con un mínimo de habilidad y eficacia.

Tres elementos son indispensables para ese mínimo de preparación:

1. 1 FORMACIÓN ESCRITURAL

Cualquier actividad o ministerio tiene como base las Sagradas Escrituras. Así qué, las Escrituras deben ser no sólo la fuente de inspiración del Servidor, sino la esencia misma del mensaje que debe ser comunicado con toda amplitud y profundidad.

Este hecho es de capital importancia. Está el caso extraño de que en algunos sectores la veneración a la Sagradas Escrituras casi alcanza las fronteras de la "bibliolatría", pero un conocimiento excesivamente rápido, de discurso, de motivación al éxito y superficial de ellas, presenta es un debilitamiento de creyentes e iglesias enteras. En esta situación, todo "viento de doctrina" resulta muy peligroso y formula cómoda de nido a enseñanzas erráticas y de aprendizajes hasta heréticos.

La eficacia del ministerio pende de la fidelidad a la Escritura, que es el instrumento del Espíritu Santo. La fidelidad no consiste en apego a determinados textos, o doctrinas favoritas y elegidas, o temas de oportunidad a menudo heredados de técnicas y métodos más que del estudio personal. Tampoco consiste en el uso insistente de tópicos expresados en elocuentes frases de entusiasmo y positivismos desgastados en la práctica. La lealtad a la Escritura impone respetar su sentido histórico, gramatical, literal, contextual, sin interpretaciones humanas y, con en la exegesis y hermenéutica natural que ella permite.

El mínimo de capacitación obliga a conocer los hechos históricos del Antiguo y Nuevo Testamento, a discernir la línea de la salvación entretejida en los diversos acontecimientos, a observar los cambios de la Revelación divina a través de los siglos hasta culminar en Jesucristo.

Así mismo, conocer lo esencial de cada uno de los libros de la Escritura: autor, fondo histórico, finalidades con que se escribió, tipo literario, entre otros detalles. Tener una clara comprensión de las doctrinas fundamentales: Dios, el ser humano, el pecado, Jesucristo en su venida y su retorno, la salvación, la Iglesia, del gobierno de la iglesia, la tribulación final, el infierno, los distintivos de una Iglesia real de Cristo, la acción del Espíritu Santo en A. y N. Testamento, el alcance del A. y N. Testamento. Solo con este cuidado se podrá trazar rectamente las enseñanzas de Dios para los seres humanos. A partir de estos rudimentos se debe proseguir tras la oración, su estudio día tras día, incansablemente.

En este santo quehacer es útil disponer de buenos comentarios exegéticos, tratados de teología, diccionarios teológicos, comentarios de diferentes autores, diferentes traducciones de la Sagradas Escrituras, concordancia. Los descubrimientos de otros hombres, guiados por Dios, facilitarán el estudio.

No tenemos por qué empeñarnos en descubrir "planetas espirituales"; los escritos de los padres de la iglesia, de los reformadores, de una pléyade de teólogos respetuosos de Dios y Su palabra y, de excelentes comentaristas, es un legado valioso a la mano. Despreciar o renunciar a él, movidos por un afán mal interpretado o a veces copiado del mundo secular de "originalidad" o "independencia intelectual", sería el colmo abierto. Sin embargo, toda lectura que no sea la Escritura debe efectuarse con discernimiento y total actitud crítica. No todo lo que reza, aún en una buena obra literaria, merece u obliga a nuestra adhesión. Y no todo lo que han escrito personas poco leales y escrupulosas con las Escrituras han de provocar ciegamente nuestra reprobación.

Usando las máximas de la Escritura al respecto, a semejanza de los bereenses (Hechos 17: 11) el Servidor de Cristo ha de estar en las condiciones de: "examinarlo todo y retener lo bueno (1 Tesalonicenses 5: 21) ¡Discernimiento, mucho discernimiento!

Ahora bien, la formación en la Escritura de Dios es mucho más que mera adquisición de conocimientos intelectuales. Indefectiblemente incluye la asimilación espiritual y aplicación práctica de ese conocimiento a la vida.

La adhesión al Señor será real cuando a mayor conocimiento de Dios se transforma en una adoración más encendida, en un mayor amor, un más y mejor servicio, a una decidida entrega y sin reserva alguna de hacer la voluntad del padre celestial y, un determinado modo de vivir guiado por el Espíritu Santo. Si no se llegare a todo esto, el servidor se convierte en una figura rara, una especie de monstruo secreto: con cabeza descomunal y vida insignificante.

La aplicación de la Palabra a la vida personal tendrá un efecto sobre el modo de enjuiciar a las personas, las ideas, las circunstancias, y los hechos del entorno. La reacción personal estará regida por el amor y la verdad divina. La Palabra bien trazada no solo debe iluminar la mente sino todos los perfiles de la actuación. Sí no es así, el servidor de Cristo acarreará más descrédito que fama y gloria al evangelio.

La iglesia ha sufrido mucho a causa de eruditos poco o nada santificados, que de hombres incultos pero de "limpio corazón", sinceros y de vida irreprensible.

1. 2 FORMACIÓN CULTURAL

Establecida la prioridad de la preparación espiritual y de vida consecuente con la misma, conviene un buen bagaje cultural.

Muchos usan, como objeción contra la erudición humana:

> *En las Escrituras Dios dice: ¡dejaré confundidos a los que creen que saben mucho! Dios ha demostrado que la gente de este mundo es tonta, pues cree saberlo todo. En realidad no hay tal cosa como sabios o expertos... o gente que cree tener todas las respuestas.*
>
> *Dios es tan sabio que no permitió que la gente de este mundo lo conociera mediante el conocimiento humano...*
>
> *Sin embargo, cuando hablamos con los que ya entienden mejor el mensaje de Dios, hablamos con sabiduría. Pero no empleamos la sabiduría humana como la emplean la gente y los gobernantes de este mundo, y que él quiso manifestarnos para que podamos compartir su gloria...*
>
> *Tengan cuidado. No presten atención a los que quieren engañarlos con ideas y razonamientos que parecen contener sabiduría, pero que solo son enseñanzas humanas...*
>
> *Timoteo, ¡trata de hacer bien tu trabajo! No prestes atención a lo que dicen los que no creen en Cristo, ni a los que critican nuestras enseñanzas y afirman tener la verdad.* (1 Corintios 1: 19- 21: 2: 6-7; Colosenses 2: 8; 1 Timoteo 6: 20).

Pero en realidad los textos citados no la condenan, sino la degradación que hacen de Dios y la actitud de antagonismo hacia Su verdad al tener gran conocimiento de todo lo creado y de las diferentes áreas que atañen a la vida.

Desde antiguo los grandes dirigentes del pueblo de Dios poseyeron una amplia cultura. Moisés fue *"enseñado en toda la sabiduría de los egipcios"* (Hechos 7: 22). Los escritos de Isaías dan muestras de su intelectualidad refinada. Pablo, paralelamente a su instrucción teológica, evidencia gran formación humanística, conocimiento de filoso-

fía y literatura de su época (Hechos 17: 28; 22: 3). En esa misma línea ha habido muchos "padres de la iglesia", los reformadores y recientes "maestros" en quienes la piedad y la erudición se combinaron admirablemente y Dios hacer de ellos excelentes instrumentos para su gloria.

En nuestra época, en que tanta rimbombancia e importancia se da a la educación, es inconcebible que un servidor del evangelio carezca de un mínimo cultural. Resulta difícil de precisar cuál es ese mínimo; pues muchas veces depende del nivel medio de educación del país, o región o población en que ha de ejercerse el ministerio. Más con todo, aún en los ambientes más pobres culturalmente, el Servidor del evangelio debiera estar en un plano comparable al de un educador de primaria.

El Servidor del evangelio debe ampliar sus conocimientos, dentro de sus posibilidades, en todas las ramas del saber y especialmente en las humanísticas, historia, literatura, sociología; debe prestar particular atención a los acontecimientos contemporáneos y a las corrientes de pensamiento secular o religioso, de su día.

Nunca es desacertado el consejo de K. Bart: *"leer cada día la Biblia y el periódico"*. La primera permitirá conocer a Dios; el segundo ayudará a conocer lo que sucede en el mundo. Sin duda, la recomendación presupone el buen sentido de proporcionalidad y equilibrio. Cinco minutos a la lectura de la Sagradas Letras y dos o más horas a periódicos, revistas y noticieros; no es precisamente lo que se espera de un siervo colaborador del Dios Altísimo.

Las variadas lecturas aumentará los conocimientos; con lo que se dilatará el horizonte, se recibirá inspiración, se aumentará el vocabulario, la capacidad argumentativa y de expresión, la capacidad de ordenar las ideas y, bendición: habrá humildad al descubrir que tras cada cosa aprendida quedan miles por aprender.

No obstante el beneficio, sabiamente se debe ordenar las lecturas. Están los "bibliófagos", esto es, los devoradores de libros que leen indiscriminadamente cualquier obra que cae en sus manos. El resultado es que no se retiene lo debido y en muchos casos produce seria indigestión y un envenenamiento intelectual con resultados y problemas catastróficos. Esto acusa una selección en las lecturas. Lo leído debe ser lo mejor en cada materia, pues lo importante es la calidad. Alguien sabiamente ha dicho: *"Si hubiese leído tantos libros como otros, sabría tan poco como ellos".*

Una obra valiosa merece lectura reposada, acompañada de reflexión personal que permita digerir saludablemente lo leído. Efectuarle rayados (necesidad de que el libro sea propio) y apuntes de las ideas importantes es práctica muy útil. Conviene hacer análisis y crítica a cada obra leída en un sistema de archivo para tener a la mano lo que se considere provechoso.

Por otro lado, es necesario prevenir el peligro de un intelectualismo divorciado de la comunión con Dios. No se puede negar que el hábito de estudio va acompañado de tentaciones traicioneras. El árbol del conocimiento puede extra florecer mientras que el árbol de la vida languidecer. Todo aumento del conocimiento intelectual tiene una

natural tendencia al orgullo y propio ensalzamiento. Un juicio sano, una humildad sincera y una formación espiritual debe encaminar los estudios al fin primordial del servicio y del ministerio: ¡la gloria de Dios y la salvación de los seres humanos!

No leer ni estudiar en absoluto, sino abrir la Escritura y decir: "vamos a ver que tienen Dios hoy para nosotros", es tentar a Dios; no hacer otra cosa qué solo estudiar, es olvidar lo integral que es el ministerio. Estudiar para gloriarse en el conocimiento que se posee, es vanidad vergonzosa; estudiar como medio para adular a los pecadores, es prevaricación deplorable; más llenar la mente del conocimiento propio de santos mediante el estudio y la oración, y difundir ese conocimiento con sólidas instrucciones y exhortaciones de amor y prácticas, es ser un servidor prudente, celoso y diligente por la causa a que fue llamado.

1. 3 FORMACIÓN HUMANA O EXPERIMENTAL

Adquirir conocimiento por el contacto directo con el mundo que nos rodea, especialmente con nuestros semejantes, es formación insustituible. Se aprenden cosas que no se llegan a encontrar en libros, y por ser experiencia personal se graba con mayor profundidad y claridad.

Del vivir humano hay cuantioso acervo, tanto positivo como negativo, de lo que debemos ser testigos presenciales para percibirlo a fondo. Una cosa es saber que el pecado es repugnante y desagradable, y otra, ver a un ser humano a la semejanza de Dios esclavo de sus pasiones, con las marcas de lascivia, desenfreno en su cuerpo y espíritu y, desechado como cualquier recicle.

Una cosa es leer acerca de la tentación y otra oír a una persona su experiencia de lucha agónica, de debilidad, de caída. Tampoco es lo mismo leer acerca de la conciencia de pecado que enfrentarse a experiencia, propia o ajena, con el sentimiento insoportable de culpa. Hay contraste entre leer la preciosa doctrina de la regeneración y la contemplación de un ser humano arrancado de las garras del vicio y transformado en una persona que pregona lo santo y testifica del poder de la gracia de Dios.

Y qué de lo que se puede aprender junto al necesitado que se goza en sus riquezas espirituales, o junto al atribulado que deja entrever el poder sobrenatural que lo alienta y lo sostiene, o al lado del creyente moribundo que ora serenamente y sin sobresaltos ¡en la antesala de la eternidad!

No hay nada más enriquecedor que vivir cara a cara la vida humana con su gama de experiencias, con sus misterios, con sus contradicciones, con sus glorias y miserias.

Una formación aprendiendo de los demás, no es fácil de seguir. Exige atención y renuncia total a la crítica. Hay quienes viven como si llevaran los ojos bien vendados, para nada les interesa los tesoros de la experiencia humana que en todo momento

tiene en su entorno. Así, no llegan muy lejos en el camino de la formación experimental.

Es necesario detenerse, observar limpiamente y escuchar verdaderamente. Y después de haber visto y oído escrutadoramente, la obligación fértil es reflexionar. Por desgracia, en muchos, el reflexionar se halla embotado, quizá el desmesurado activismo priva del tiempo necesario para meditar.

Una anécdota ronda las páginas de los escritos cristianos: "una dama perteneciente a la sociedad de los amigos: aprendía portugués mientras se lavaba, otras importantes materias mientras se vestía, desayunaba ocupándose de sus órdenes diversas, durante el día no perdía un minuto del trabajo en sus personales negocios, acostándose a altas horas de la noche dejaba su agenda del día siguiente ordenada. ¿A qué horas pensaba y reflexionaba? ¡No tenía tiempo!

De grandes hombres de la historia humana, como De Gaulle, en Francia, se ha escrito: "a partir de las nueve de la noche no recibía a nadie. ¡Desde esa hora hasta que se acostaba, ocupaba su oficina a solas y con las cuestiones de gobierno de especial atención!" Sí un humano estadista siente la necesidad de reflexionar ¡Cuánto más el servidor de Jesucristo, Dios hecho hombre!

Dedicando tiempo a pensar, meditar y reflexionar se hará pleno uso de la formación Escritural, cultural y humana.

Bibliografía. BULLINGER, E. W., LACUEVA, Francisco. Diccionario de Figuras de Dicción, Terrassa: clie. 1985. ESCUAIN, Santiago y HALEY, John W. Diccionario de dificultades y aparentes contradicciones bíblicas. Terrassa: clie. 1988. MARTÍNEZ, José M. Ministros de Jesucristo I, II. Barcelona: clie. 1977. Hermenéutica bíblica. Terrassa: clie 1984. PATE, Larry D. Misionología. Florida: Vida. 1987. Sagradas escrituras, versiones: Reina Valera, Dios Habla Hoy, Nueva Versión Internacional, Lenguaje Actual. SANDERS, J. Oswald. Liderazgo Espiritual. Michigan: portavoz. 1987. SWINDOLL, Charles R. Pásame otro ladrillo. Minneapolis: Betania 1980. Desafío a Servir. Miami: Betania. 1983.